

simultáneos, visiones contrarias, polifonía, voces y gritos, economías y proyectos de país en contrapunto. Arriba y abajo, historia y mito, política y metafísica.

Mi generación ha escuchado hasta la saciedad frases de nuestros modelos que ahora parecen ya no estar vigentes: el teatro es la medida de la cultura de su pueblo (entonces la nuestra anda mal); el teatro es la más social de las artes (acaso siga siendo la más humana por la comunidad entre actores y espectadores, pero en nuestros días la televisión nos ha desbancado); el teatro puede ser la *biblia pauperam* (nuestro «teatro de arte» es de clases medias y altas, jamás visita las crecientes zonas proletarias). En pocas palabras, el teatro de arte se ha vuelto como la lectura: un asunto de conocedores.

Con estos horizontes aparece la novísima generación. La crisis le ha dado una dinámica distinta. A pesar de su heterogeneidad, y acaso motivada por las circunstancias en las que debe producir su teatro, se empieza a reconocer en una visión integral del quehacer escénico: la fórmula del director-dramaturgo como Antonio Serrano, Mauricio Jiménez, Sabina Berman, Angel Norzagaray, o bien del dramaturgo que, además de ejercer la crítica y la investigación, trabaja codo a codo con los directores y escenógrafos, como Estela Leñero, Jaime Chabaud y Luis Mario Moncada.

Héctor Mendoza es el antecedente de esta fórmula de integración. Obras como *Sexo, pudor y lágrimas* de Serrano (Ediciones El Milagro, 1993), *Lo que cala son los filos* de Mauricio Jiménez, *Entre Villa y una mujer desnuda* de Berman (Editorial Gaceta/Escenología, 1994), han sido producto de esta tendencia. Hay casos afortunados; otros que han contribuido a la desprofesionalización de nuestra escena. Sin pudor encontramos actores —directores-dramaturgos— directores, críticos directores-dramaturgos y que además diseñan escenografías. Hay especies inclasificables, pero en todo caso, este fenómeno describe una tendencia del nuevo teatro de México y la movilidad de una nueva generación que busca distintas respuestas a los problemas que la aquejan.

La variedad de respuestas a la crisis ha dado como consecuencia tres iniciativas globales que vale la pena comentar:

1. La aparición de minitemporadas en diversos teatros de bolsillo que han convocado a un amplio número de jóvenes directores con un repertorio que cambia cada día. En estos ciclos han destacado los trabajos de jóvenes directores como Antonio Castro, Rodrigo Johnson, Rubén Ortiz, Santiago Roldós y Víctor Weinstock.

2. La necesidad de generar iniciativas de producción independientes del Estado, ha dado lugar a la aparición de nuevos organismos privados que promueven las artes escénicas. Los casos más notables son: Telón de

asfalto de Antonio Serrano; Producciones El Milagro, una iniciativa de Gabriel Pascal, Tolita Figueroa y Daniel Giménez Cacho; El Foro Teatro Contemporáneo que encabeza Ludwik Margules y la Casa del teatro que encabeza Luis de Tavira.

3. Cabe destacar, por último, que la urgente necesidad de fortalecer nuestra memoria teatral ha dado pie a un importante proyecto editorial que aunado a los esfuerzos de Edgar Ceballos —Gaceta/ Escenología— y de Alfonso de María y Campos —Director de publicaciones del CNCA que acaba de editar una colección de veinte tomos sobre historia y dramaturgia del teatro mexicano— trata de combatir el olvido a nuestra tradición. Ediciones El Milagro aparece en 1991 con el objetivo de publicar guiones cinematográficos, dramaturgia tanto mexicana como universal, libretos de dirección, y ensayos con lo mejor del pensamiento y la crítica teatral y cinematográfica.

¿Agonía o transición? La muerte no es recomendable. La batalla, como lo decía el mismo Margules al concluir su ensayo, está presente: Antonio Serrano (*Doble cara, Café americano*), director y dramaturgo, explora con desenfado la crisis sexual de nuestros días con un gran sentido de humor; Marín Acosta —director— ha generado una poética escénica de alto nivel; su trabajo conjunto con el dramaturgo Luis Mario Moncada ya ha dado resultados importantes. El reciente estreno de *Superhéroes de la aldea global* nos muestra un mundo sin utopías, disgregado, destruido, temas nuevos en nuestra dramaturgia. José Acosta (*El otro exilio, Fuga en mi*) y su grupo, el Taller del sótano, han explorado los medios de expresión no realistas en nuestra escena. Rodolfo Obregón, acaso el único de nuestros jóvenes directores que trata de construirse el rigor de trabajar con textos probados —Maquiavelo, Büchner, Valle Inclán—. Y a estos nombres cabe agregar, entre otros, a Hugo Salcedo (Premio Tirso de Molina), Angel Norzagaray que mantiene una de las más importantes compañías de provincia en Mexicali<sup>10</sup>, Sandra Félix, Mario Espinosa, Raúl Quintanilla y Lorena Maza.

¿Agonía o transición? La abundancia de jóvenes directores, la presencia de una nueva generación de dramaturgos, el *boom* de actores, pueden convertirse en una fortaleza de nuestro teatro. Los males están presentes, pero esa abundancia amorfa sería impensable sin una tradición, sin los caminos que abrieron los maestros del teatro mexicano. La tradición habla, de una u otra manera, con el presente. Nos toca preservarla y conocerla para poder revocarla, revocarla para poder volver una y otra vez a ella. Creo que uno se reconoce y se desconoce en la tradición. Sólo ahí se pueden encontrar la ruptura y la continuidad.

Desde mi punto de vista creo que éste es el gran reto para la gente de teatro hoy: devolverle a nuestra escena su lugar entre las artes del país,

<sup>10</sup> Las islas de mayor actividad teatral en el interior de la república se encuentran en Monterrey, Culiacán, Morelia, Jalapa y Querétaro.



*Dolores o la felicidad*  
(1995). Autor y director:  
David Olgún.  
Foto: José Jorge Carreón.

unir las islas, articular esfuerzos y construir, recuperar ese sentimiento de dignidad que Giorgio Strehler, uno de los grandes maestros del teatro de nuestro tiempo, expresara en una lección vigente: «Detrás del mayor espectáculo del mundo, detrás de la mayor aventura poética, sólo está la muerte si uno no es consciente de por quién actúa o por qué actúa, si no existe un verdadero valor capaz de exorcizar a la muerte, de mantenerla a una distancia prudente, o incluso hasta de anularla: esto es, su valor humano. Su verdad humana. Su “moralidad” humana».

**David Olgún**

Después de una crisis tan larga que ya se apreciaba como normal, el cine mexicano de los últimos cinco años dio signos de una recordada vitalidad.



*Cronos*, de Guillermo del Toro.